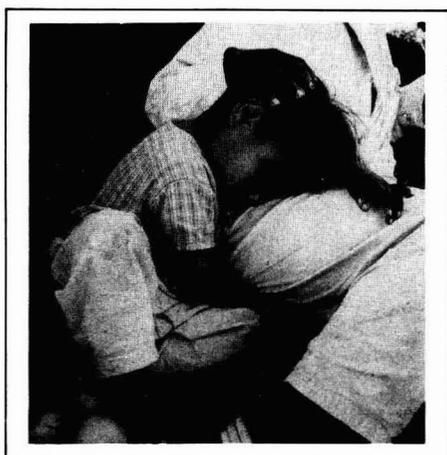


# La plurirregionalidad de la FRONTERA SUR



## 1. El perfil actual de la frontera sur

La frontera sur de México está delimitada por una línea quebrada que se extiende a lo largo de 1,138 Kms. aproximadamente, de los que 962 colindan con Guatemala desde el Tratado de límites del 27 de septiembre de 1882, y 176 con Belice, de acuerdo con los arreglos establecidos con Gran Bretaña el 8 de julio de 1893. El territorio cubierto por esta línea atraviesa a cuatro estados de la Federación abarcando 21 municipios que están situados 16 en Chiapas (57.8% del total de la superficie fronteriza); 2 en Campeche; 2 en Tabasco, y uno en Quintana Roo. A esta demarcación hay que agregar Yucatán, que es parte integral de esta frontera y ventana orientada hacia el Caribe, la frontera emergente.

Los habitantes de este territorio conforman un heterogéneo conglomerado humano, portador de una vasta riqueza lingüística y una sólida y variada experiencia cultural. Al otro lado de la línea, en los municipios guatemaltecos, se habla maya, quekchi, chuj, mam, kanjobal e ixil entre los idiomas que cuentan con mayor número de hablantes además del castellano. En suelo mexicano, el mosaico de lenguas incluye al maya yucateco, al chol, al tzeltal, al tzotzil, al tojolabal, al chontal y al zoque, entre el grupo de idiomas principales que conviven con el castellano, la lengua franca.

En este territorio, el flagelo del atraso y la pobreza hacen de la vida una dura experiencia cotidiana para miles de seres humanos. Es en estas atribuladas tierras que sobrevive algo más

de la mitad de la población indígena del país, pueblos de caudal creativo inagotable que hoy enfrentan condiciones de existencia más allá de lo creíble.

La educación está hecha pedazos en la mayoría de los estados que conforman la frontera sur que, en conjunto, presenta uno de los índices de analfabetismo más altos del país. La deserción escolar se da desde los niveles básicos: de cada cien niños sólo 42 logran terminar la primaria, 12 menos que el promedio nacional, y de ellos más de la mitad no pueden continuar estudiando. La población estimada en 1988 que no contaba con energía eléctrica representa el 63.6% del total de habitantes.

Los servicios de salud recuerdan los relatos de viajeros del siglo pasado o las películas de corte colonial que muestran a los blancos salvando indios por doquier. El enorme potencial productivo del sur está puesto al servicio de otras regiones del país —lo que está bien— olvidando a los habitantes locales —lo que está mal. La explotación del trópico húmedo ha sido irracional, constituyendo, más que una empresa dirigida a beneficiar al país, una constante agresión contra las culturas locales y la naturaleza. El aprovechamiento forestal se ha transformado a lo largo de los años en un ejercicio de depredación que ha ofrendado jugosas ganancias a unos cuantos. En un medio en el que aún abunda el agua, la infraestructura para aprovecharla es prácticamente nula. La actividad agroindustrial es escasa, irracionalmente distribuida hasta conformar una situación insólita: el sur es un territorio de enorme poten-

cial agropecuario y forestal pero de gran debilidad en infraestructura para ponerlo al servicio del desarrollo. Lo mismo sucede con la pesca en una tierra que se introduce al mar por muchos lados: el Pacífico, el Golfo y el Caribe. La frontera sur representa el 20% del total del litoral con que cuenta el país, pero la captura a duras penas llega al 11% del global nacional.

Tres ríos marcan los linderos más importantes: el Suchiate, que desagua en el Pacífico, el Usumacinta que es el río más largo de Centroamérica, con 825 Kms. de recorrido, ambos en mojonera con Guatemala, y el Hondo en los límites con Belice. En 1988 la población estimada en los 21 municipios fronterizos fue de 1.182,888 personas. De ese total, el 60% corresponde a Chiapas, el 20% a Campeche, el 11% a Quintana Roo y el 9% a Tabasco. El 30% del total de habitantes de los municipios fronterizos se reparte entre Tapachula y Chetumal, las metrópolis de la frontera sur. El resto, 70% de la población, reside en alrededor de 3,000 localidades, lo que indica el alto grado de dispersión de la población. El conjunto de los 21 municipios fronterizos registró entre 1970-1980 una tasa global de crecimiento del 4.2%. La participación de la población de los estados fronterizos sureños en el total nacional pasó de 5.1 en 1930 a 5.6% en 1980.

El patrón de asentamiento en la frontera sur es variado pero se distingue una característica común: la comunidad indígena. Es este un rasgo de notable contraste con los ranchos del centro-occidente o con la tradición noroesteña del presidio y la misión. Las haciendas —con rasgos y estructuras distintas a las del centro del país— más grandes se localizaron en Yucatán y está por precisarse qué papel jugaron en Chiapas, Tabasco o Campeche. No hay duda, hablando del siglo XIX, de la importancia de las fincas de café, cacao y plátano, particularmente en el Soconusco, o de la extracción del chicle en Campeche. Todo ello es cierto, pero quedan como característica compartida los asentamientos indios que van desde la dispersión en los parajes de los Altos de Chiapas hasta las aldeas y pueblos nucleados de los mayas de la Península de Yucatán. Característico es también encontrar ciudades rodeadas de población india como San Cristóbal en Chiapas, Mérida en Yucatán o Carrillo Puerto (la antigua Chan Santa Cruz), en Quintana Roo. Otro tipo de ciudades son Tapachula y Chetumal, localizadas directamente en la frontera y en donde la composición de la población es variada, manteniendo una relación continua con Centroamérica. Finalmente, están las ciudades administrativas como Tuxtla Gutiérrez o Villahermosa.

La frontera sur no es una región sino un espacio multirregional con características comunes pero con diferencias importantes. Los mismos estados están claramente regionalizados y en más de un caso la división política interna no se corresponde con la realidad regional concreta. Por ejemplo, municipios del norte de Chiapas como Pichucalco y Palenque conforman una región con municipios del sur de Tabasco como Teapa. Asimismo, al interior de un estado sucede como en Quintana Roo, que la región real traspasa los límites políticos. Es el caso concreto del río Hondo y su región que incluye a una parte del sur de Quintana Roo y otra parte del norte de Belice.

En relación a la regionalización interna, un ejemplo ilustra-

tivo lo aporta el estado de Chiapas, que además es el que mayor espacio colindante posee con Centroamérica. La evolución y desarrollo de los municipios chiapanecos colindantes con Guatemala han sido notoriamente desiguales y contradictorios. En ese proceso ha tenido una posición clave la relación de los municipios con los centros de poder en un estado que, como el de Chiapas, tiene una muy compleja historia y que en tiempos ha sido frontera norte de Guatemala o frontera sur de México, como en la actualidad. Los municipios fronterizos de Chiapas pueden ser agrupados en cuatro grandes regiones: la región de la selva (Palenque y Ocosingo. Aquí debería incluirse al municipio tabasqueño de Tenosique); la región fronteriza (Las Margaritas, La Independencia, La Trinitaria y Frontera Comalapa); la región de la sierra (Amatenango de la frontera, Mazapa de Madero y Motozintla); la región del Soconusco (Tapachula, Unión Juárez, Cacahoatán, Tuxtla Chico, Metapa, Frontera Hidalgo y Suchiate).

La región de la selva es la que más familiar aparece a los mexicanos por aquello de que allí habitan los lacandones, además de localizarse en sus profundidades las ciudades mayas de Toniná, Palenque, Yaxilán y Bonampak. Por cierto, los lacandones son hoy los pobladores minoritarios de la selva, pues además de los choles históricos habitan allí tzotziles, tzeltales, kanjobales y abundante población mestiza. En tiempos no muy remotos la selva fue el paraíso de las grandes monterías que arrasaron con las maderas preciosas; fue también esta selva parte del inmenso espacio que, junto con las áreas selváticas de Campeche y Quintana Roo, proveyó el chicle, esa savia que emana del chico zapote y que transformada pasó a ser un producto indispensable en la definición de rasgos básicos de la cultura norteamericana.

En la historia mexicana, la región de la selva responde a lo que es una clásica frontera agrícola. En efecto, a través de ella se fueron abriendo espacios para ampliar territorios de cultivo detrás de los cuales llegó el ganado. Aún en nuestros días, la milpa que camina caracteriza a la agricultura fincada en las añejas plantas mesoamericanas: el maíz, el frijol, la calabaza y el chile.

Las migraciones estacionales de trabajadores guatemaltecos que acuden a las plantaciones chiapanecas forman una corriente de antigua tradición, engrosadas hoy por campesinos salvadoreños, hondureños y aun nicaragüenses. En parte, esta corriente migratoria se explica por su carácter funcional dentro del ciclo productivo del café y el plátano en Chiapas, cultivos que demandan abundante mano de obra calificada durante la cosecha. El movimiento ocurre dos veces al año: la fase más intensiva es entre los meses de octubre a febrero, alrededor de 150 días. Terminando el trabajo, la inmensa mayoría de los jornaleros regresan a sus lugares de procedencia. Por supuesto, estas oleadas de trabajadores temporales son diferentes a las de refugiados. En el mes de enero de 1983, las estimaciones acerca del número de refugiados oscilaban desde 35,000 hasta 100,000 atendidos por ACNUR, COMAR y diferentes comités de solidaridad, incluyendo agrupaciones religiosas y médicas. Ese mismo año de 1983 se calculaba un total de 36 campamentos a lo largo de toda la frontera sur, siendo Puerto Rico (en Chiapas) el más grande. En el mes de marzo

de 1984, los campamentos aumentaron a 80 y el número de refugiados oficialmente reconocidos llegó a 46,000 personas. En la actualidad, de acuerdo a estimaciones de ACNUR, la situación es la siguiente: Campeche alberga un total de 12,300 refugiados (4,800 en Quetzal Edzná, y 7,500 en Maya Tatum). En Quintana Roo existen tres campamentos: Los Lirios, Cuchumatán y Maya Balam que albergan a 6,900 refugiados. A ellos hay que agregar aproximadamente 19,786 que aún permanecen en Chiapas.

La regionalización de la frontera sur ha tenido cambios importantes a partir del auge de Cancún. El éxito de este centro turístico lo convirtió en un enorme polo de atracción de población y, de hecho, ha creado una región en plena frontera con el Caribe. La aparición de esta región tiene relación con zonas del estado de Yucatán que en la actualidad han pasado a pertenecer al área de influencia de Cancún. Mencionamos la importancia de la región del río Hondo que abarca al municipio quintanarroense de Othón Pompeyo blanco y el norte de Belice, incluyendo Orange Walk y Corozal. El centro de esta gran región es la ciudad de Chetumal, que recibe un importante movimiento poblacional y es, ante todo, un lugar de intenso comercio.

## 2. *El enlace del presente y el pasado*

El avance hacia el sur de México de los ejércitos castellanos fue el preludio del surgimiento de la frontera. El desarrollo de los siglos coloniales construyó los espacios que devendrían en Estados Nacionales, convirtiendo en linderos a los ríos o haciendo del mar y la montaña mojoneras. Y es precisamente hacia el sur, en territorios actuales de diferentes estados de la Federación, donde pueden notarse con mayor claridad las consecuencias de la expansión de la frontera en lo que fue el país indio. Es importante recordar que el territorio que hoy abarca la frontera sur es parte de un universo cultural y social que tenía importantes diferencias con el altiplano central. Lo que es hoy la frontera sur formó parte de lo que fue un espacio ampliamente dominado por los mayas, aunque éstos no fueron los únicos ocupantes del mismo. Incluso podemos trazar lo que serían "las fronteras" previas a la expansión europea en una línea que partiría del sur de Trujillo hasta el Golfo de Fonseca, avanzando al suroeste hacia la región de los lagos de Nicaragua, hasta llegar al actual Golfo de Nicoya en Costa Rica, para formar el límite sur con los pueblos de origen cul-



tural sudamericano. Acerca de este límite suroriental de Mesoamérica, Murdo Macleod escribe:

La frontera suroriental de Mesoamérica no era, por supuesto, absoluta. Al norte y oeste de la misma encontramos áreas relativamente retrasadas tales como los sectores aislados del altiplano verapacense y Chiapas; al sur y este de la línea –en áreas de culturas generalmente bajas– encontramos las estructuras sociales bastante elaboradas de los huastecas, en el altiplano costarricense, y enclaves de comerciantes de habla nahua, aquí y allá, en la costa del Caribe. (Macleod, 1980.)

Es fundamental recordar que la Colonia alteró significativamente la distribución de la población original; los siglos que duró incubaron sociedades que resultaron de procesos prolongados de aculturación. La descolonización agregó el factor definitivo de formación de las fronteras y los puntos de convergencia multinacional como lo es, precisamente, la frontera sur de México. Es más, la actual frontera sur fue parte de una región central y el proceso colonial la transformó en periférica respecto a la capital de la Nueva España y a la Capitanía General de Guatemala.

La expansión de la frontera hacia el sur no constituyó un proceso homogéneo y lineal, sino más bien cíclico y de hecho continuado hasta nuestros días con los movimientos poblacionales hacia la selva, factor éste que ha remarcado la frontera con Guatemala. En ocasiones los reflejos en los movimientos hacia el sur, precisamente en la penetración hacia Chiapas, se debieron a epidemias que diezmaron a la población. En otras circunstancias los indígenas se desplazaron en masa huyendo frente al avance del régimen servil de las fincas, particularmente durante los siglos XVII y XVIII. Estos movimientos –poco conocidos– provocados por el acaparamiento de tierras y la dureza en las relaciones de trabajo, sucedieron hacia las planicies aluviales de Tabasco y hacia la selvática región de Palenque. Los flujos más importantes se concentraron en las tierras altas, en las partes montañosas, debido a que los ladinos acapararon los valles. La rebelión tzeltal de 1712 constituyó un freno temporal a la expansión fronteriza, al ahuyentar y detener la inmigración ladina. La revuelta se repitió en 1869 coincidente con un nuevo ciclo de expansión de la hacienda y una vez que el estado de Chiapas se había incorporado, definitivamente, en 1824, al proceso formativo del Estado Nacional Mexicano. Puede establecerse que el periodo que va de 1824 a 1870 representa un corrimiento de la frontera sur, de nuevo a través de la finca.

La siguiente fase está relacionada con las fincas de café y, como lo demuestra el historiador Jan de Vos, con las monterías. Ello ocurre hacia los años en que México y Guatemala firmaron un tratado definitivo de límites en 1882 que establece los lindes políticos entre ambos países. A partir de ese momento el avance en el poblamiento de la frontera cobró un ímpetu definitivo asociado al crecimiento y expansión de la finca cafetalera. Lo más importante de ello es que provocó un movimiento hacia el Soconusco y la Sierra de grandes contin-

gentes indios procedentes de los Altos de Chiapas que bajaban a la cosecha del café, gran demandadora de mano de obra. A estos contingentes hay que agregar las masas de trabajadores procedentes del occidente de Guatemala y los Altos Cuchumatanes. En otras palabras, el fortalecimiento de la economía mercantil constituyó el motivo principal para fijar los límites territoriales hacia el sur.

El último periodo que precede al actual en cuanto a los movimientos de reafirmación de la frontera sur, ocurre con la aplicación de la Reforma Agraria por el presidente Lázaro Cárdenas, cuyas medidas fijaron a la población campesina en la línea fronteriza, liberando a los peones baldíos y restando poder a los grandes plantadores de café, en particular a los de origen alemán. Además el movimiento hacia la selva tuvo consecuencias inmediatas al correr la frontera agrícola hacia las profundidades de la Lacandonia y permutar la mano de obra proveniente de los Altos de Chiapas por la que inmigra desde Guatemala.

Ha sido lenta la aparición de la frontera sur en la conciencia de los mexicanos. Hubo que esperar el auge petrolero y turístico más la construcción de las grandes hidroeléctricas, para que la frontera sur emergiera. Además, las guerras de liberación nacional que se viven en Centroamérica y la independencia apenas alcanzada por Belice, han contribuido a que el país vuelva su rostro hacia el sur e incluso asuma una activa participación –en varios sentidos– en relación a los sucesos centroamericanos. *En forma lenta pero sostenida, el país ha ido cobrando conciencia de este hecho, que será uno de los factores estratégicos en el proceso de transformación del Estado Nacional Mexicano.*

La frontera sur y su área de influencia, como espacio multi-regional, es un vasto y heterogéneo territorio en donde conviven conflictivamente el México indio, con un notable vigor cultural, y el México del mestizaje, que resultó de un profundo proceso aculturativo otorgador de características particulares a esta parte del país. En épocas anteriores a la invasión europea y después, durante el establecimiento del régimen colonial, las experiencias concretas de los zapotecas y mixtecas difirieron de las de los grupos mayences o las de los mixe-zoques y chiapanecas que habitaban el territorio conformando un mosaico étnico y cultural, aunque la presencia maya tiene un peso estratégico. De igual manera, esta misma variedad impuso a la situación colonial características diversas, incluyendo los mecanismos de conquista militar y de ocupación de territorio. En suma, se forjaron y se forjan en la frontera sur de México formas variadas de consolidación del territorio, desde la ocupación militar hasta estructuras tan contrastantes como el rancho, la estancia, la encomienda y la finca. La reformulación de la cultura fue hecha desde estas bases contrastantes y cambiantes, contenidas en el primer factor histórico que provocó la unidad: la reacción contra el colonialismo. Políticamente este hecho se expresa en forma múltiple y mientras Chiapas como unidad administrativa estuvo asignada a la Capitanía General de Guatemala, la Península de Yucatán, descompuesta hoy en los estados de Campeche, Quintana Roo y Yucatán, fue en muchos sentidos una unidad autónoma cuyas autoridades locales y grupos de poder tuvieron notable inde-

pendencia respecto a los centros rectores de la vida colonial.

Tabasco fue durante la colonia un territorio sin ciudades comparables a San Cristóbal Las Casas en Chiapas o Mérida en Yucatán. Pero, en cambio, la ganadería y cultivos como el cacao tuvieron un auge notable. Tomada como un espacio en sí, la franja fronteriza y su área de influencia tan diversa en cuanto a las ramas de la producción y la composición étnica de la población, contrasta con el centro, centro-occidente, norte y noroeste de México. Mientras que en estas últimas regiones la minería hizo girar en su entorno a las relaciones sociales, en el sur serán la agricultura, la ganadería y la finca lo característico. Aquí están los orígenes de las diferencias en el desarrollo económico, el nacimiento y evolución de formas de organización social que se fueron haciendo peculiares, creando distintas tradiciones.

Los heterogéneos y pluriculturales pueblos indios del sur formaron el punto de apoyo de la situación colonial. La historia, de aquí en adelante, será la del establecimiento de fronteras internas, los movimientos de expansión, la contención de las fronteras, mientras que los pueblos indios se fueron incluyendo en la sociedad surgida del mestizaje y la conformación clasista que en 1910 hizo erupción en forma muy distinta a

como ocurrió en otras partes de México. Por ello, la historia de la sociedad y la cultura en la frontera sur y su área de influencia no puede reducirse a sólo un proceso aculturativo. Es más bien la extensión de la frontera, causada por las nuevas fuerzas económicas que se imponen bajo la práctica del colonialismo, lo que ha dado origen a una situación de particular complejidad en donde etnia, clase y nacionalidad están profundamente enlazadas. Por esta razón es urgente el análisis de los procesos que han venido protagonizando las clases que viven en las ciudades y conglomerados urbanos de la frontera sur junto con el campesinado mestizo, portador de una tradición y una condición social específicas que desde el punto de vista lingüístico y cultural lo diferencia del indígena. Al mismo tiempo, insistimos en la heterogeneidad de los mismos pueblos indígenas, cuyo devenir histórico está profundamente ligado a la formación del Estado Nacional.

### *3. El rostro futuro de la frontera sur*

La cepa humana de la frontera sur está constituida por pueblos renacidos del parto colonial. La herencia de ese pasado es inmensa en el sur, conformando una constante de la cotidiani-



dad hasta los últimos rincones de los espacios sociales, culturales y naturales.

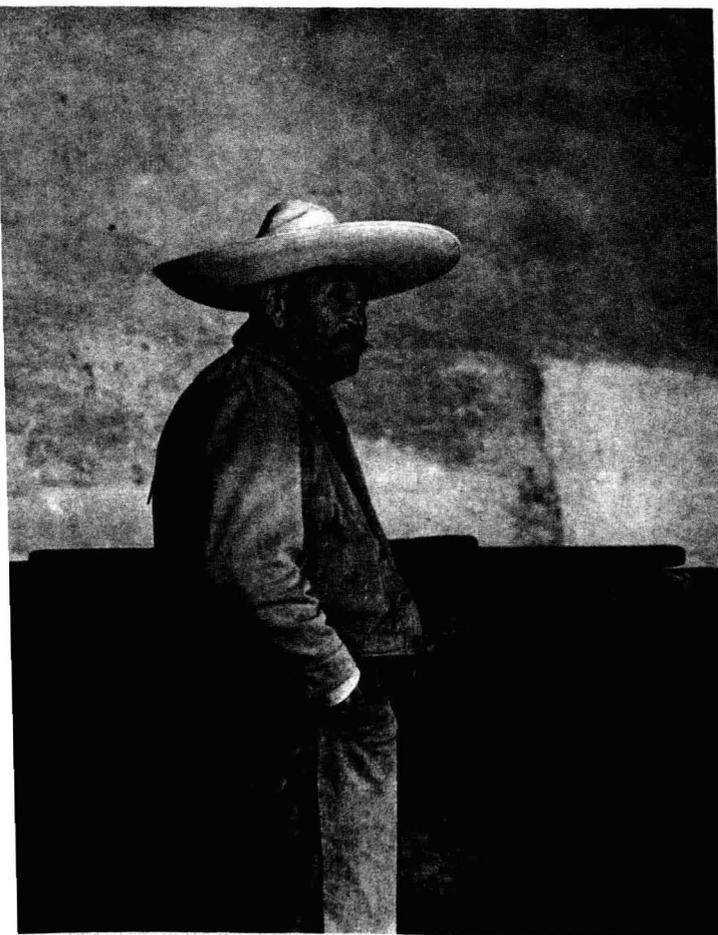
El piso histórico persiste en la experiencia milenaria del campesinado original al que se une el abigarrado conglomerado de una cultura que llamamos mestiza, dicha en nuestros días tabasqueña, yucateca, chiapaneca, quintanarroense y campechana. Muchos rostros hay allí, integrados en un destino que va y viene en los tiempos sureños, a la manera de los vientos que, viajeros, pasan por estas tierras.

Antes de que los europeos mitigaran sus conflictos invadiendo estos espacios, la experiencia humana original se integraba en un mosaico de lenguas y culturas cuyo destino quedaba atrapado en el laberinto colonial. Paradójicamente, la práctica del colonialismo, que fue la primera alteración abrupta en la vida social de los pueblos originales, sembró también la semilla de donde brotó el Estado Nacional. Anclado en esa historia que conformó a la frontera sur, el mosaico humano sureño atisba la llegada del nuevo siglo que a su vez abrirá un nuevo milenio. Son varias las puertas que para traspasar ese umbral tendrán que abrir los pueblos y culturas de la frontera sur, haciéndose cargo de las historias posibles que su propia práctica ha ido elaborando. ¿Hacia dónde se encamina el sur y con él la parte de la historia mexicana que se construye en estas tierras? Lo primero que salta a la vista es la involucración de los pueblos indios en un proceso no sólo de reafirmación sino de remodelación de su identidad y de su experiencia organizativa y cultural. Asimismo, las culturas mestizas están emergiendo con un vigor notable, reclamando y ganando espacios

que hace sólo diez años se pensaban imposibles. En el terreno político, la expresión de estos procesos está contenida en el reclamo por hacer efectiva la república federal en la inteligencia de que si ello no sucede, las historias locales irrumpirán en el milenio chocando con el cada vez más débil proyecto centralista.

El proceso profundo de los pueblos y culturas del sur, manifestado en el reclamo por expandir la democracia, está fincado en la experiencia real de la diversidad transformada en conciencia de que el sentido de la convergencia está en fortalecer lo propio. Al filo del siglo, la diversidad se acentúa al mismo tiempo que se afianza el proyecto hacia la integración regional y allende la frontera política multinacional. Este camino encuentra un complemento en la clara tendencia hacia la reconstrucción de espacios de acción comunitaria, tanto en el campo como en las ciudades. Y así como el centralismo ha sido el obstáculo a la integración regional, los cacigazgos y el modelo del otro lado del río Bravo son los oponentes de la tradición comunitaria del sur. Aquí el pleito es por la esencia de la nación. Lo que ésta significa para las comunidades sureñas está expresado en los esfuerzos por lograr una sociedad que satisfaga plenamente la vocación por construir relaciones que no estén basadas en el abuso, en la imposición de tratos de producción que necesitan de la explotación del hombre por el hombre. En el plano de la vida fronteriza, la gran tendencia perfilada en la actualidad es hacia la convergencia, es decir, la construcción de un nuevo concepto y una nueva práctica de frontera.

El sur es el encuentro de México con la vocación de edificar un espacio multinacional en donde, de nuevo, la afirmación de la propia identidad constituye el supremo ofrecimiento para sellar la comunión del destino compartido, expresado en el rechazo al imperio contemporáneo y su voluntad neocolonial. En esos términos la integración con Centroamérica y el Caribe es una tendencia claramente localizable en la frontera sur y no sólo desde el punto de vista cultural, sino como un proceso que se dirige a la conformación de un espacio de verdadera convergencia social, económica y política. A esta tendencia se oponen las fuerzas que se han beneficiado con el subdesarrollo del sur, que de ninguna manera son un fantasma sino que están presentes en múltiples manifestaciones cotidianas aberrantes, contrarias a la abierta vocación anticolonial que el pueblo mexicano ha definido en largas batallas que hoy son páginas de una historia hecha común por la reunión de los pueblos que hacen a este país. ◇



#### Bibliografía

Fábregas Puig, Andrés y Carlos Román García. *Frontera Sur*. Universidad Autónoma de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, 1988.

Macleod J., Murdo. *Historia socioeconómica de la América Central Española. 1520-1720*. E. Piedra Santa, Guatemala, 1980.

Revel-Mouroz, J. *Aprovechamiento y colonización del trópico húmedo mexicano*. Fondo de Cultura Económica, 1980.